

Comentarios. 1º El Día..

COMENTARIO

¡Pero, señor, qué ganas tienen algunos desocupados de complicarnos la vida! ¡Qué empeño en inventar problemas y no dejarnos divertir! ¡Donde eso de que la vida es una cosa seria y con lo de los deberes del cargo y otras andróminas...!

No se puedan leer los diarios desde que han dado en ponerse fúnebres. ¿Pues qué sino funebilidad es todo eso de la renovación?

¡Cuidado que es manía eso de que se acabe el turno pacífico de los partidos turnantes! ¿Hay acaso nada más cómodo?

Y veamos, ¿con qué y cómo se sustituye ese turno? Cambó, que es uno de esos desocupados que se empeñan en complicarnos la vida planteándonos problemas, se ha pronunciado una vez más, y está aquí en *EL DÍA* —véase el del lunes último—, contra «la continuación de la vieja política de turnos obligados e imposición de las antiguas oligarquías desacreditadas». ¿Y con qué sustituiría el señor Cambó ese ya tradicional y cómodo procedimiento? Vamos a ver. Nos lo dice él mismo. «Un Gabinete de concentración en el que tuvieran representantes todas las fuerzas nacionales; un Gobierno que comprendiera las diversas orientaciones políticas...» ¡Basta! ¡Pero, señor, qué ganas tienen algunos desocupados de complicarnos la vida!

¿Y cómo se averigua cuáles son las fuerzas nacionales que merecen estar representadas en el Consejo de ministros? ¿Quién es el guapo que se entera de las diversas orientaciones políticas? ¿Cómo se conoce que el Sr. Cambó apenas tiene otra cosa que hacer que ocuparse en política? Y créanos el «leader» catalanista, eso de estudiar la política nacional es muy poco divertido y hasta puede ocasionar quebraderos de cabeza. ¡Menudo lío está hecha la tal política!

En su molesto empeño de complicarnos la existencia dice también el Sr. Cambó que las consultas que evacua—no se dice así, «evacuar, consultar»?—la Corona antes de resolver las crisis ministeriales son un trámite más del que se podría prescindir por su inutilidad. ¿Cómo se conoce que el Sr. Cambó carece de sentido litúrgico! Pero, señor, ¿cuándo se penetrarán las gentes todas del valor y el sentido de la liturgia?

El obstáculo mayor a toda violencia revolucionaria es la liturgia. La liturgia es lo más profundamente conservador que hay. Sin la liturgia, con sus adyacentes chirimboles, la vida sería un complicadísimo avispero de problemas. La liturgia, el protocolo y la etiqueta tienen por benéfico efecto el de simplificarnos la vida dándonos el suficiente margen para divertirnos.

Madrid, 19 octubre (1917)

La liturgia de las consultas debe persistir. ¿Pues qué, vamos a estar de continuo, como parece aconsejarnos el Sr. Cambó, auscultando lo que se llama los latidos de la opinión y siguiendo el curso de los problemas políticos? Estos políticos como no tienen que pensar más que en política se figuran que eso es lo capital.

«Las consultas—continuó diciendo el Sr. Cambó—tal como hoy se llevan no significan nada. No basta con pedir opinión a todos los «ex» de los partidos de turno. No es posible así percibir las verdaderas palpitaciones de la opinión.» ¡Qué cosas, señor, qué cosas se les ocurren a estos políticos desocupados y empeñados en complicarnos la vida con problemas! ¡Y qué falta de sentido de la liturgia! ¡«Verdaderas palpitaciones de la opinión!» ¡Retórica, retórica y retórica! Y el mejor remedio contra la retórica es la liturgia.

Las consultas, señores abogados de la opinión pública, son una venerable institución protocolaria o litúrgica y a nadie se le ha ocurrido todavía que al evacuarlas—que tal es el término litúrgico también—sea otra cosa que evacuarlas. Es como la ingenua simpleza del conde de Romanones de que se llevé por escrito la contestación a la consulta. Pero, señor, ¿cómo se va a llevar por escrito la contestación a una pregunta que no se le ha formulado a uno todavía? No hagamos lo de las mujeres, que no suelen responder a lo que se les pregunta, sino a lo que se les figuraba que se las iba a preguntar. O lo de los diálogos de las gramáticas de método Ollendorff, donde es forzoso colocar tales o cuales palabras regulares o irregulares. Y por lo demás, tratándose de consultas litúrgicas lo mismo da que la contestación sea dada de palabra que por escrito, y que esté en castellano, en latín o en griego. En la liturgia de Nuestra Santa Madre la Iglesia Católica Apostólica Romana decimos «Kirie eleison» y es lo mismo que si dijéramos: «¡Señor, tenga piedad!» Y para decir «amén», que no es castellano, no hace falta saber mucho.

Consultar, por ejemplo, como es de protocolo con el actual presidente del Senado, el año y simbólico don Alejandro Groizard, especie de druidica encina oracular, es el más exquisito y esmerado refinamiento de la liturgia. ¡«Flectamus genua! Levate!» Es una especie de «Kirie eleison» y «Christe eleison» con su «amén» correspondiente. Porque yo entiendo, señores... Pero ¡basta! ¡Cada cual a su oficio! Y no es cosa de que nos pongamos serios.

Esos desocupados que se meten a políticos ni tienen el sentido de la liturgia ni se han percatado de lo cómodo que es el turno de los partidos. ¡Qué ganas, señor, de compli-

arnos la vida y de darnos quebraderos de cabeza! ¡No parece sino que no estamos más que para estudiar política nacional y hasta internacional! No le dejan a uno vivir en paz.

Mejor harán esos abogados de la opinión dejarse de esos embolismos e inventar alguna otra fiestecita nacional. ¡Lo bien que nos ha salido esa amable y regocijada mojiganga de la fiesta de la Raza! ¡Puro azúcar! Es decir, pura liturgia. Con fiestas así, como esa de la Raza, es como se levanta y se renueva el espíritu público español. ¡Y ande el movimiento!

No se cansen, pues, Cambó, Romanones y Compañía, con sus complicaciones de política constitucional. El Sr. Dato seguirá de presidente del Consejo de ministros hasta que le manden retirarse, lo mismo que le mandaron hacerse cargo del cargo. Y esto también es litúrgico. ¿Cuestión de confianza? Pues que no le han dicho ya que se vaya, señal de que goza de esa confianza. Y goza desde luego de la otra, de la de la masa que no opina ni piensa, de la confianza de la «no voluntad»—o sea «voluntad»—nacional. Y cuando nos cansemos de Dato, que venga otro Dato cualquiera; pero, por Dios, señor, que no nos compliquen la vida con esos enredos y circunvoluciones de palpitaciones de la opinión pública.

Ese Cambó debe de ser uno de esos a que se llama intelectuales, pues de otro modo no se comprende su tema de andar planteando problemas europeos. ¡Y así anda Europa por meterse en problemas! Mientras que aquí...

Aquí da gusto. Mientras por ahí fuera andan rompiéndose las crismas y destrozándose las casas y arruinándose, aquí nos va tan ricamente. Porque hasta el entremés revolucionario último fué nube de verano que sirvió para ensayar los cañones graníferos y condecorar a Sánchez Guerra—lo que también es liturgia—. Pero, vamos a ver, ¿dejó por eso la gente de divertirse? ¿Se suspendió, ni siquiera por veinticuatro horas, el juego en el Gran Casino? ¡Ande, pues, el movimiento! ¡A divertirse, caballeros!

Eso de las consultas es cosa fúnebre. Cuando un enfermo oye hablar de consulta de médicos ya puede prepararse a bien morir. Como no sea que las consultas sean también litúrgicas.

No cabe duda de que el régimen de turno de los partidos áulicos es el régimen más económico. El de mayor economía de esfuerzo crítico y resolutivo.

Miguel de Unamuno.